

te pueblo ha claudicado definitivamente y en una cómoda actitud de renunciación, ve demorarse el preciado tesoro de su herencia ancestral y, cómplice de su infortunio, abjura de todo empeño de mejor vida; en estas horas de pasivo entregamiento a la ingerencia extraña, yo imagino la sombra venerable de Betances, angustiada y profética, dolorosa y admonitiva, lanzando de nuevo a la conciencia aletargada de nuestro pueblo la terrible pregunta de otros días: ¿Que hacen los puertorriqueños que no se rebelan? ¿Qué hacen los puertorriqueños que ven impasibles la ruina moral de su pueblo, toleran el despojo de sus derechos inalienables, que sufren en silencio la explotación inmisericorde, que contemplan

con indiferencia el atropello colectivo, el vejamen de los hombres, el sacrificio de la juventud, y no perfilan un solo gesto de salvadora dignidad? ¿Qué hacen los puertorriqueños que no claman como un solo corazón y una sola conciencia por los fueros de la justicia, por la justicia del derecho, por el derecho de su libertad? ¿Qué hacen los puertorriqueños que no se rebelan contra la podredumbre prevaleciente, contra la cobardía de los pobres de espíritu, contra los mediocres y los claudicantes que entorpecen el triunfo de sus ideales emancipadores? ¿Qué hacen en fin, los puertorriqueños que no se rebelan contra esta colonia humillante y se dan, como una sola voluntad, a la lucha por la propia soberanía?

## ORACION PANEGIRICA

En Memoria del Académico Feneido Dr. Adolfo A. Nouel,  
Arzobispo Vitalicio de Santo Domingo

### LA PALABRA DEL MAESTRO

Frases liminares pronunciadas por el Dr. Fed. Henriquez y Carvajal,  
Presidente de la Academia Dominicana de la Historia

Damas y Caballeros:

Señores Académicos:

Por segunda vez, a mediados del año en curso, a fines de Junio, se hizo un claro en las claras filas de este centro de estudios históricos i de cultura cívica, con la muerte lamentable i lamentada del dominicano insigne que fué el Doctor Don Adolfo Alejandro Nouel i Bobadilla, ilustre fundador e individuo de número de la Academia Dominicana de la Historia e Ilustrísimo i Reverendísimo Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, en la Primada de América i Atenas del Nuevo Mundo.

El Pastor de la Grei Dominicana se ausentó de la vida —la suya fué tan útil como bella— cuando ya tenía, con algunos meses de diferencia a su favor, la edad septuagenaria que contaba, al morir, su antecesor esclarecido, mi maestro i su maestro, el varón eximio, que asumió un día, como él más tarde, la función ejecutiva del Estado, i que antes, como él, ocupó la Sede Episcopal de la Arquidiócesis Metropolitana.

La muerte de Monseñor Nouel i Bobadilla —aunque no fuese a deshora— elevó el duelo oficial a duelo nacional mui merecidos. La Academia de la Historia le rindió, en un acuerdo de honores i de ofrendas, el tributo debídole a quien, como académico numerario, le prestó su valioso

curso en sus arduas faenas históricas. Esas faenas, siquier limitadas, siquier modestas, en relación con el alto espíritu que la anima e impulsa, han trascendido al exterior i han enaltecido el nombre i el crédito de la Academia Dominicana de la Historia, en ambos hemisferios, con prestigio i honra para ella i con honra i prestigio para la República.

Escogióse este día, natalicio del académico feneido, para celebrar en su honor esta sesión pública i solemne, la cual —ponderando ahora el valor social de la selecta concurrencia— es más solemne que pública. Aun le dará mayor solemnidad el panegírico que en seguida, como portavoz de la Academia, ha sido escrito i va a ser leído por el distinguido académico D. Ramón Emilio Jiménez, en elogio del prócer religioso, por sus servicios a la Iglesia, i en honra del prócer civil, por sus servicios a la Patria...

Pero antes, señores, os invito a ponerme de pié, como yo lo estoi, para la ofrenda espiritual de un minuto de silencio.

Que este minuto de silencio sea una plegaria, sin palabras, elevada al cielo por el alma noble del mitrado i académico, que, al morir, entró en el reino de Dios bajo el palio luminoso de la Esperanza, del Amor, que es Caridad, i de la Fe cristiana.

